



COLECCIÓN
CALCETÍN

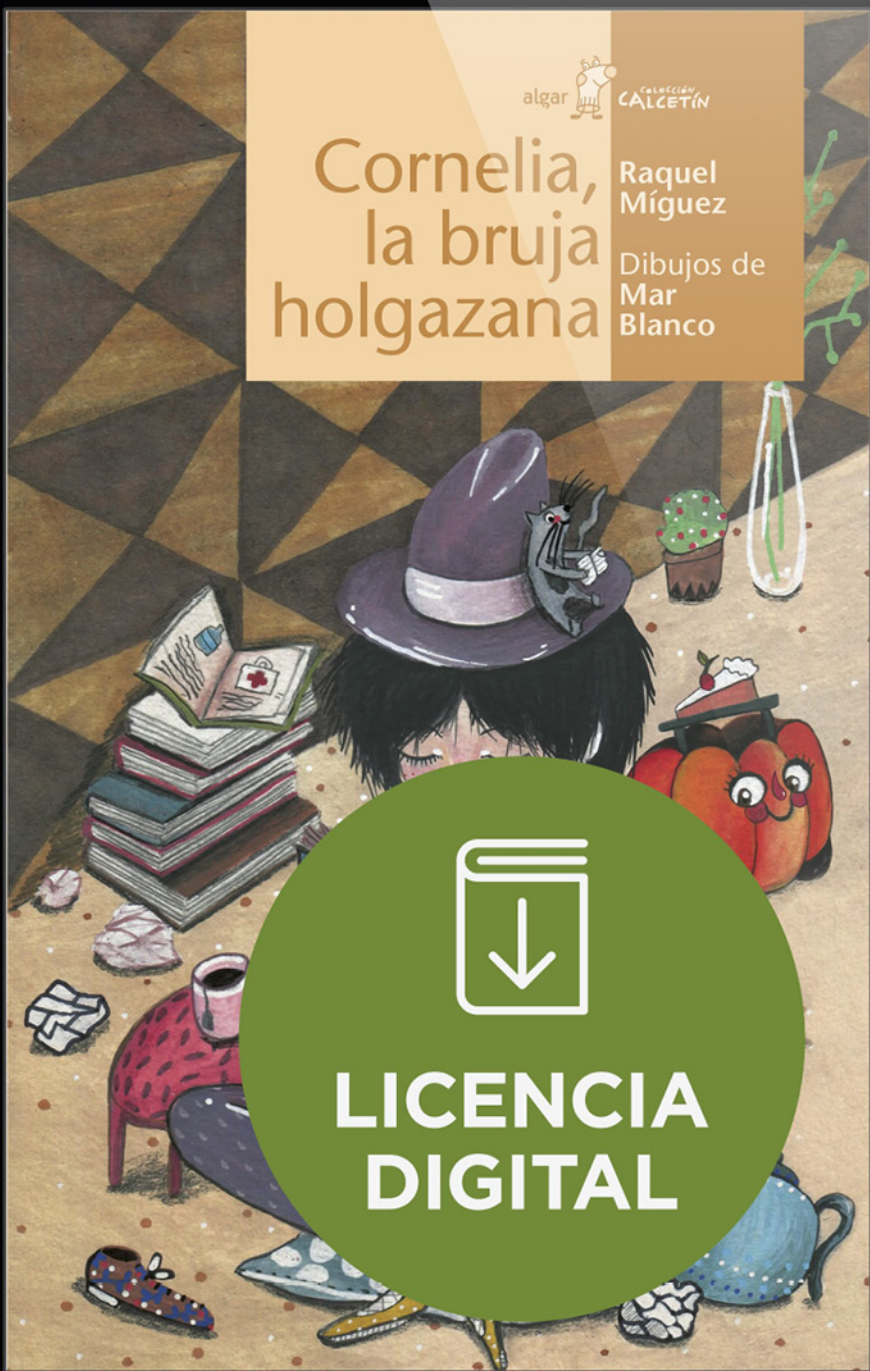
Cornelia, la bruja holgazana

Raquel
Míguez

Dibujos de
Mar
Blanco



**LICENCIA
DIGITAL**



algar 

COLECCIÓN
CALCETÍN

Cornelia, la bruja holgazana

Raquel
Míguez

Dibujos de
Mar
Blanco





1

La bruja holgazana

Una vez al siglo Flavia Lasabia, la bruja presidenta, emprendía un largo viaje. Una por una, visitaba las casas de todas las brujas del reino y todas todas las brujas se preparaban durante meses para la visita de la más poderosa, ensayando una y otra vez sus mejores encantamientos. Todas menos una: Cornelia. Porque Cornelia siempre pensaba que había

tiempo para hacer las cosas y lo dejaba todo para el último momento:

–No hagas hoy lo que puedas dejar para mañana –decía, al tiempo que ojeaba un libro.

Mientras las demás brujas recorrían el bosque arriba y abajo para encontrar hierbas y setas con las que mejorar sus brebajes, Cornelia buscaba los ingredientes de los suyos entre las páginas de los libros y luego los hacía aparecer entre las hierbas del jardín. Así, todo cuanto necesitaba lo tenía siempre al alcance de la mano.

–¿Qué mejor cosa para aprender magia que aplicar la magia? –se decía.

Cuando las otras brujas ensayaban conjuros cada vez más potentes, ella se preparaba un té y se sentaba a leer delante de la chimenea, mientras sus pócimas a medio terminar languidecían en sus frascos.



La casa de Cornelia estaba en el sur, en la frontera donde acaba el reino. Flavia Lasabia tenía por costumbre iniciar el viaje desde el norte.

Ese año, sin embargo, en el último momento había decidido empezar su inspección por el sur. Justo por la casa de Cornelia... Claro que eso Cornelia no lo sabía.

–Tardará una semana en llegar hasta aquí –había calculado la bruja perezosa esa mañana, al despertar–. Leeré un rato, antes de levantarme.

Todo lo que Cornelia sabía lo había aprendido en los libros, así que la verdad es que sabía un montón de cosas. Pero, si leer es lo más importante para cualquiera, no es suficiente para una bruja. Para aprender a utilizar sus dones, además de leer, una bruja ha de practicar mucho. Todos los días. Du-

rante todos los años de su larga vida. Y ella, Cornelia, apenas practicaba.

En casa de Cornelia había objetos y seres extraños, resultado de sus constantes equivocaciones al combinar palabras mágicas. Tenía una tetera con bigotes que maullaba cuando hervía el agua; un sapo con corona que se paseaba por la sala con paso majestuoso, y una calabaza taxi que rodaba a toda velocidad de la sala a la cocina llevando cosas en su barriga.

Aquel día, el día que Flavia empezó desde el sur su largo viaje al Reino Mágico, a Cornelia le esperaban algunas sorpresas y mucho mucho trabajo...



2

Enero en la habitación

Cuando oyó el chirrido de la verja del jardín al abrirse, Cornelia soltó el libro y saltó de la cama para asomarse a la ventana.

—¡Por Imelda Caracerda! —exclamó—. ¡La presidenta!

Corrió de un lado a otro de la casa, sin saber por dónde empezar. Lo tenía todo patas arriba. El fregadero, enterrado bajo una torre

de platos sucios, y sobras malolientes aquí y allá. La mesa de trabajo estaba debajo de un mar de libros, papeles arrugados, cuadernos abiertos, frascos de cristal, tazas con restos de té y varias palabras mágicas preparadas para formar un conjuro. El suelo de toda la casa, escondido bajo un manto de más libros, más papeles arrugados, más cuadernos abiertos... Además, Cornelia aún estaba en pijama, tenía la cama sin hacer y la habitación sin ventilar.

¡Se había pasado la mañana entera acostada, leyendo cuentos de hadas! Y, aunque una bruja puede leer lo que le dé la gana, no está bien visto entretenerse con la historia de Cenicienta o la Bella Durmiente cuando Flavia Lasabia está a punto de llegar en visita de inspección.

Lo primero que hizo Cornelia fue esconder sus cuentos, utilizando un conjuro Recoge Ahora Mismo:

Libros, en este instante
volved a vuestro estante;
hadas, duendes, varitas:
¡a vuestras paginitas!

Que no os vea
ni os oiga
ni os presenta
la bruja presidenta.

En ese instante, los libros abiertos y desparramados por la casa se cerraron de golpe y, uno por uno, fueron saltando a sus sitios correspondientes en la librería.

—¡Por los cuernos del Belcebú! —exclamó, al tiempo que abría la ventana de su habitación—. ¡Mi cuarto parece el mismísimo infierno!

Cornelia tenía por costumbre dejar la chimenea de su cuarto encendida, para leer en

la cama bien calentita. En ese momento, su cuarto parecía un horno. Si Flavia Lasabia asomaba la nariz, se le chamuscaría la verruga y descubriría que Cornelia se había pasado el siglo entero haraganeando.

La presidenta aporreó la puerta de la casa.

Cornelia cerró de golpe la ventana que acababa de abrir, se dio la vuelta y estiró los brazos hacia la habitación.

Que entre el fresquito
en mi cuartito.
Que se quede enero
un día entero.

No bien hubo pronunciado las dos últimas palabras, se llevó las manos a la boca:

—¡Un minuto! —corrigió—. ¡Quería decir un minuto! ¡Un minuto, un minuto, un minuto!

E intentó enderezar el conjuro:

Que venga enero
un minuto entero.

Que venga enero
un minuto entero.

Pero una nube de color asfalto, con forma de señora gorda, apagó la chimenea del cuarto y a continuación se sentó en el tejado de la casa, sobre la habitación.

La bruja Flavia aporreó la puerta otra vez.

—¡Un momento! —gritó Cornelia—. ¡Ya voy!

Miró su habitación, desesperada. Copos de nieve como bolas de helado de nata habían empezado a caer sobre la cama y sobre el estante de los libros.

De nuevo, intentó cambiar el conjuro.

–¡Que venga enero, un minuto entero!
–repitió.

Cerró los ojos y descontó los segundos:

–Sesenta, cincuenta y nueve, cincuenta y ocho... cuarenta y tres, cuarenta y dos... treinta y cinco, treinta y cuatro... siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno...

Cuando abrió los ojos, la nieve seguía cayendo con su suave *plof, plof, plof*.

Los golpes en la puerta sonaron de nuevo, esta vez con más fuerza que los anteriores.

Cornelia cerró su habitación.

–¡Voy! –gritó.

–Buenos días, Cornelia –saludó Flavia al entrar–. ¿Por qué has tardado tanto en abrir? ¿Es que no me esperabas tan temprano, querida?

–Bienvenida, Señoría –contestó la bruja, como si no hubiese oído la pregunta.

La presidenta entró y se quitó la capa, que Cornelia se apresuró a colgar en el perchero.

La calabaza pasó, veloz como un rayo, entre los pies de la bruja más poderosa del reino, que la miró con el ceño fruncido.

—¿Aún no has arreglado este conjuro, Cornelia? —preguntó mientras señalaba con la uña negra, larga y puntiaguda de su dedo índice.

—La calabaza me hace un gran servicio, Señoría —se apresuró a explicar Cornelia—. Cuando necesito enviar algún paquete, ella lo lleva en seguida a cualquier sitio que le ordene.

Para que Flavia comprobase lo diligente que era, la calabaza corrió a la cocina y volvió con un trozo de bizcocho en la barriga.

—¡El desayuno! —exclamó con su voz hueca de caverna.

–No, gracias –rechazó Flavia Lasabia–. Ya he desayunado... Veo, Cornelia, que tampoco has completado la maldición del príncipe –añadió mirando al sapo con la boca fruncida.

La presidenta saludó al sapo *medioencantado* con una inclinación de cabeza.

–Le he cogido cariño al príncipe sapo –se disculpó Cornelia–. Ya ve, Su Señoría, que es encantadoramente educado.

–Habíamos acordado que rematarías esta maldición. Que convertirías a este príncipe desdichado en un simple sapo por siempre jamás, Cornelia.

–¿Un té? –ofreció la bruja holgazana y, sin esperar respuesta, corrió a poner la tetera al fuego.

Flavia la siguió hasta la cocina, se apoyó en el quicio de la puerta y dijo, mirando por la ventana con gesto de fastidio:

–Recuerdo haberte dicho que una bruja nunca debe dejar las cosas a medias, Cornelia, ¿no es esa tetera el resultado de una de tus desastrosas confusiones?

–Sí, Su Señoría. La tetera no tendría que tener bigotes ni debería maullar.

–Hace cien años y un día me aseguraste que sacarías a tu gato de tu tetera. Pero veo, Cornelia, que sigues tan perezosa como siempre.

La tetera empezó a maullar.

–¡El té! –exclamó Cornelia.

Pero la presidenta ya había salido de la cocina y recorría la sala, mirando a todos lados.

Cornelia retiró la tetera del fuego y la siguió, apresurada.

–Tendrás algo para mostrarme, ¿verdad, Cornelia? Espero no haber viajado hasta aquí solo para descubrir que todo está exactamente igual de desordenado que hace cien años.

–Un siglo y un día no es mucho tiempo, Señoría. Se pasan los días volando. Cuando quieres darte cuenta... ¡*voilà!*

Flavia apretó la boca, antes de hablar.

–Un siglo es tiempo suficiente para haber estudiado lo suficiente, para una poción lo suficientemente interesante –contestó en voz baja, recalcando cada palabra–. Quiero ver ese unguento que me prometiste.

A continuación dio un paso hacia Cornelia, al tiempo que Cornelia daba un paso atrás.

–Supongo que no se puede esperar mucho de una bruja holgazana –concluyó la presidenta con los labios fruncidos.

Entonces dio media vuelta y se encaminó a la habitación.

Cornelia tragó saliva.

En dos zancadas se colocó delante de la puerta, cerrándole el paso.

–En mi habitación tampoco encontrará nada interesante, Señoría.

La bruja presidenta la apartó de un suave empujón.

–Yo decidiré lo que es o no es interesante –dijo, al tiempo que abría.

Una ráfaga de aire helado enfrió la casa. Flavia Lasabia contempló el panorama con la mano en el picaporte y los ojos muy abiertos. La nieve había cubierto la cama entera, los libros y el suelo. La habitación de Cornelia parecía un trozo de campo recortado del invierno.